

Sigo a mi padre. Hace tres horas que miro sus botas con doble cierre en los tobillos. A pesar del barro, no parecen pesarle. Son los pies de un gigante. Algún día sus botas serán mías y tendré piernas fuertes, con pelos. También será mía la escopeta que lleva al hombro. Parece un brazo que le sale del cuello. La primera vez que disparé con ella me vibró el cráneo y donde había apuntado ya no había nada. Abejas zumbando en mis oídos y el suelo duro. No lloré. La segunda vez, la lata de gasolina hizo una cabriola. Metí los dedos en los agujeros oxidados. Mi padre me felicitó. Desde entonces siempre me deja disparar. Por las noches me miro en el espejo y acaricio el moratón en mi hombro. Engraso la escopeta, limpio el pavonado para que brille como el peligro. Relleno la canana. No puedo evitar meter más munición de la necesaria en el morral, junto a la bota de vino, el agua y los bocadillos de tortilla fría.

Sueño con cuerpos que no tienen plumas ni dejan gotas de sangre en la tierra. Rebotan contra el suelo igual que pelotas y luego se transforman en conejos blancos a los que me da pena disparar, pero les disparo. Y nada ocurre.

Mi madre me despierta. Entre los párpados advierto su gesto de preocupación. Le asusta que algo me hiera cuando voy a cazar con mi padre. En el monte no hay peligro. El peligro de verdad está más cerca, pero no digo nada. Aguanto las humillaciones del Gordo en el colegio. El odioso Gordo

y su camiseta de Bruce Lee. La lleva desde que murió ese chino que caminaba de puntillas y daba golpes mortales. Me río: bastaría un cartucho de postas para que cayera de espaldas, como tirado por una goma. Con un boquete en el pecho. El Gordo nunca sería capaz de caminar como su ídolo muerto. Parece un buey de color mantequilla. Dice que a Bruce Lee lo mataron y entonces su cara se llena de nudos. Pero es mucho peor cuando sonrío. El Gordo quiere a su perro. Un chucho grande de color galleta. «Hazle una paja a Bruce», le animan en el cobertizo. Y él lo hace. El perro se arquea y se estremece. Luego mueve el rabo y el Gordo le acerca la mano para que la chupe. «Bonito, Bruce». Es la única vez que sonrío sin maldad, aunque los demás se rían como locos. Luego se yergue y pateo al gallo.

El olor de la ropa de mi padre llena el pasillo: a cuero, a tabaco, a plantas. Un rastro de plumas pegadas sobre el vaso de leche. Nuestras costumbres no cambian: el frío de la madrugada que muerde las mejillas, el bar donde paramos a tomar algo caliente antes de enfilear la carretera secundaria, salir del coche, el vaho del aliento, los primeros sonidos del monte que se despierta. Imagino un animal primitivo. El peligro no está aquí, lo llevo encerrado en mi cartera del colegio. Pobre mamá.

Las zarzas se me clavan entre los dedos. Ya no me pregunto por qué mi padre elige los caminos más difíciles. Su instinto nos dirigirá hacia la presa. En algún lugar cercano un hocico húmedo palpita miedo; pájaros tontos de hermoso plumaje picotearán la tierra, ajenos a nuestro avance con el viento de cara. Mi padre se detiene. Escucha. Señala hacia un tempero. He aprendido a caminar sin pies. Avanzamos, no nos delatará el estallido de una bellota podrida o el crujido de una rama. En las suelas llevamos pesados felpudos de barro.

En clase el cura nos mostró un cráneo de plástico, le abrió la tapa y señaló con una vara las distintas áreas del cerebro. Señaló un punto. «Esto es el cerebro reptiliano», explicó. A alguien le hizo gracia y el golpe del puntero le marcó la mejilla. Lloró y yo me alegré. El Gordo se rio. El cura lo levantó del pupitre sujeto por la oreja. El Gordo trataba de no mostrar debilidad. Eso duele. Ni el cura, que a veces huele a meados, consigue que lllore. Sólo el Gordo sabe hacer daño de verdad. A su lado el cura es un espantapájaros roto. El único que sería capaz de plantarle cara es el nuevo director, un cura que viste una camiseta caqui con alzacuellos. Dicen que fue capellán en África. Es alto y moreno. Nos hace formar en el patio, una mano sobre el hombro del compañero de delante. Luego, desfilamos hasta el aula. Desde que llegó, se apuestan canicas en el patio. Gana el Gordo, nadie cree que el nuevo director pueda doblarlo. Pero todos esperan que llegue ese momento.

El cerebro de mi padre cambia y sé que el mío también está cambiando. En su nuca parpadea una lucecita. Si alguien me siguiera, vería la luz que mi padre ha prendido en mí. La brasa de su cigarrillo en el nacimiento de la nuca. Casi soy un hombre de once años. Siento que se despierta en mí un área del cerebro que se adormece frente a la tele. Ahora puedo sentir su calor mientras agacho la cabeza. Es una serpiente que se desenrosca. Repta por las circunvalaciones cerebrales y caza pensamientos. Todo se aparta ante su avance, temeroso. Los pensamientos son ratones asustados. No pienso. Es la serpiente la que me guía junto a mi padre. La suya es una anaconda; la mía llegará a serlo. Hasta las piedras lo presienten.

Algo falla cuando abandonamos este lugar. Entre robles y aliagas mi padre y yo nos entendemos como el perro y su amo. Soy un perro que pronto será amo, un perro que co-

merá perro. Dentro de unas horas, cuando la gente del pueblo salga de misa de doce, volvemos a ser lo que no deberíamos. Mi padre trabaja mucho. Viste corbata y americana. Sale de madrugada hacia la fábrica del abuelo y no regresa hasta la noche. A esa hora su piel es de color ceniza. Gruñe, fuma a solas. Y yo vuelvo a ser un extraño al que patean el culo.

El morral golpea mi cadera. Pisamos plantas que quieren abrazarnos. Algunas prefieren que tropecemos. Pronto oleremos a sangre. Nunca nos vamos del monte con las manos limpias. El sudor se evapora de la cabeza de mi padre. Como si ardiera. Él es capaz de arder, y si explota es mejor buscar un lugar seguro. Como cuando el Gordo sonrío de medio lado.

En casa veo en el periódico la fotografía de un coche que ha volado desde la calle y ha caído al patio de un edificio. Unas señales indican la trayectoria. Al lado, el retrato de un hombre con cejas pobladas y su nombre, Carrero Blanco. No sé quién es. En la entrada del colegio un grupo canta su muerte. Me encojo de hombros. El cura nos manda de regreso a casa. No hay clase. Estoy más contento que el Gordo y sus amigos, aunque no cante que ese hombre voló.

Acabo de saber quién era el hombre que ya no existe. Al día siguiente, el viejo al que llaman Franco llora. Durante la comida, mi abuelo sólo abre la boca para masticar verdura. No le gusta la palabra «guerra» que mi padre pronuncia en alto. «Esto va acabar como en el treinta y seis», dice, y mi abuelo, aunque mastique como un caballo, no disimula su disgusto. No habla de aquella guerra. Una vez sí lo hizo. Fue en su último cumpleaños. Había bebido y contó que durmió entre cadáveres, cerca del río Ebro. Al día siguiente, se unió a un destacamento y apresaron a un general que montaba un caballo blanco. El general no opuso resistencia a tres soldados sucios. «Tal es el derrumbe moral que produce la de-

rrota». No lo entendí. ¿Mataste a alguien? Es la pregunta que nunca le haré. Mi abuelo da largos paseos con sus compañeros de quinta. Abre el periódico y lee: «En el horóscopo chino es el año del Búfalo» o «En Estados Unidos han inventado sangre artificial» o «Los vietnamitas han firmado la paz». El abuelo lee, pasea, juega a las cartas en el casino. Ayer dijo que la crisis del petróleo nos va a mandar a la mierda, y miró a mi padre, como si papá fuera el responsable de eso. Nunca le había oído decir al abuelo la palabra «mierda».

Mi padre habría plantado cara a aquellos soldados. Fue un niño de la posguerra. No sé qué significa. Apenas tres detalles: que en su casa comían poco; que su madre odiaba a los alemanes porque se sentaban en las terrazas de su ciudad para comer una tortilla de veinte huevos; y que una camarera de Zaragoza mató a un aviador nazi con una botella de sifón porque le había tocado el culo. Si mi padre hubiese ido a la guerra, le habrían dado muchas medallas. Me contaría todo lo que el abuelo se traga con las acelgas y sus titulares del periódico: «Los rusos han enviado una sonda a la Luna» o «Han vuelto a detener al Lute». Prefiero las historias de guerra que no cuenta. En el pueblo hay hombres a los que les falta un brazo, una pierna, o tienen cara de monstruo. El cartero es uno de ellos. Cuando me lo encuentro, doy media vuelta. Su cara derretida avanza por una calleja. Sus ojos parecen canicas metidas en un trozo de plastilina.

«Eres un mariquita», dicen. Y me dan pescozones. Se ríen de mi ropa. De mis zapatos. Me acusan de tener demasiados bolígrafos. Cae un golpe. No sé quién ha sido. Me trago las lágrimas. En casa no digo nada. Con mi hermano mayor no puedo contar. Estudia en la capital y cuando viene al pueblo se mete en su cuarto y escucha un disco raro. Me muestra la portada: un prisma traspasado por un rayo de luz. En el altavoz suenan aspas de helicópteros.